

Ella tiene un nombre romántico, o que suena romántico: Chloé. Él no es Dafnis. Ni mucho menos Longo, porque esta no es una novelita pastoril del siglo II, aunque a lo mejor... quién sabe... Pero no, digamos que no. Él se llama Emilio. Emilio Ortiz Bulnes. Hay otra chica. Una coreana: Young-ae Kim. Pronúnciese Yungué. A Emilio siempre le pareció un nombre de personaje de dibujo animado, Young-ae Kim: una bella sonrisa de dientes nacarados en un rostro de pómulos altos y ojos rasgados, enmarcado por la mancha negra del cabello muy liso, cortado, se diría, con regla. Hay también un departamento en las afueras de París. En Colombes. Rue Buffon, número 15. Tres habitaciones, más sala de estar, una cocina bastante diminuta, un baño. Claro que tiene un parqué de tablas anchas que cruzan de un extremo a otro las piezas. Un bonito parqué a la antigua. Pero los cuartos no son muy amplios. Y además dan a un cementerio. Lo primero que hará Emilio será preguntar por el nombre: Cementerio comunal de Colombes, le dirán, también llamado Cementerio de La Cerisaie. Esto a Emilio al comienzo le parecerá más bien lúgubre. Todas esas tumbas al despertar... antes de acostarse. Claro que con el tiempo se acostumbrará. Y, la verdad, le llegará a gustar esa vista: abrir de par en par las ventanas de la sala por la noche y fumar un cigarrillo contemplando el cementerio bajo la luna. Y no podrá evitar pensar en la cercanía entre los vivos y los muertos. La calle Buffon es bastante estrecha: los edificios por un lado, entre los cuales el que lleva el número 15, los autos estacionados a ambos lados

de la calzada y al otro lado, tras un muro de piedra, más bien marrón, más bien alto, tres metros, tres metros y medio, la silenciosa extensión de tumbas, callejones, pasajes, mausoleos, algunos cipreses, no muchos, cinco o seis... Esa situación también le recordará un título: *Los grandes cementerios bajo la luna*. Un libro de Bernanos que estaba en casa de su tía Amalia, porque en casa de su tía Amalia, entre otras cosas, había una biblioteca. En la suya no. No es que no hubiese libros; los había como suele haber libros en las casas de la gente que no tiene ninguna costumbre de leer: un par de novelas de Arthur Hailey, *Aeropuerto* y *Hotel*, cree recordar. Un ejemplar de *El padrino*, de Mario Puzo, con la foto de Marlon Brando en la portada. También estaba *La cabaña del tío Tom* y *Mujercitas* en edición juvenil, unos libros rojos, de formato pequeño. Y un ejemplar desencuadernado de *Adiós al Séptimo de Línea*, que era el único libro que había leído su padre. Si hace memoria le parece que eso era todo. Bueno, todo no, en realidad estoy omitiendo algo esencial: la Enciclopedia Salvat. Eso —precisamente— lo salvó. Quiero decir: eso lo transformó en un lector, o sea, lo salvó de ser un analfabeto más. Era maravilloso: Afganistán, Albania, Artigas... con fotos en color, dibujos, esquemas... Lo salvó eso y, claro, la biblioteca de la tía Amalia. Donde encontró el libro de Bernanos, *Los grandes cementerios bajo la luna*: denuncia virulenta de la sociedad burguesa, de su pacto sordo con los fascismos en auge en los años treinta, de la tibieza de los políticos franceses ante la arremetida de Franco contra la República española. Se lo devoró. Pero antes, obviamente, fue a mirar en la enciclopedia: «Bernanos, Georges (1888-1948), escritor francés, católico, ferviente antifascista...» Es que tenía una martingala: cada domingo, antes de acostarse, se obligaba a leer la enciclopedia por lo menos una media hora si quería evitar que le fuese mal en el colegio durante la semana. Media hora, cada domingo, digamos de los ocho a los quince años, ya

es bastante. ¿Leía la enciclopedia?: se sacaba excelentes notas; si se escapaba durante el recreo a fumar a Américo Vespucio, no lo pillaban y cuando en las fiestas de los sábados tocaba «declararse», como se dice en Chile, le iba bien con las chicas, a él que habitualmente era incapaz de sacarlas a bailar de puro tímido. ¿No leía la enciclopedia?: se sacaba solo tres y cuatros, fijo que lo pillaban fumando y ni hablar de salir el sábado... con las notas que había traído. O sea que leyó bastante la enciclopedia. Claro que ha olvidado todo sobre la Brújula, la Combustión, la Osteoporosis, los Urales... Pero no se le ha olvidado leer. En fin, me fui demasiado lejos. Dije que comenzaríamos por el principio. Y el principio es un wáter. Porque Emilio ya está en París. Y tiene un vago empleo de portero de noche. Y tiene también la suma que la tía Amalia le envía regularmente. Una suma modesta, pero algo es algo. Aunque ahora último la tía Amalia ha dejado de enviarle la suma en cuestión, un problema pasajero que se resolverá pronto. De más está decir que él nunca le ha pedido ni un céntimo. Es ella la que le ha estado enviando dinero desde que él se vino a París con la intención de hacer un máster en lingüística, primero, y luego —si puede, si le alcanzan el ánimo y el dinero— un doctorado en semiótica. Bueno, desde que se vino a París no, pero casi. Es que la tía Amalia estaba tan orgullosa... Por fin un miembro de la familia iba a abandonar esta repugnante raza de comerciantes, decía ella. La «repugnante raza de comerciantes» estaba formada por su padre, que era dueño de una concesionaria de automóviles, su madre, dueña de las famosas Tortas Teresita (El letrado decía: «Tortas Teresita» y abajo: «son deliciosas, son exquisitas»), allí en Echeñique con Loreley, casi al llegar a Tobalaba y, sin ir más lejos, por la propia tía Amalia, que era una de las mejores... qué digo una de las mejores, la mejor modista de Santiago. Ahora ya no, claro, ahora está retirada, pero en ese entonces *le tout Santiago* se hacía ropa con ella.

Amalia Bulnes, *prêt-à-porter* se llamaba la tienda. Era un departamento en Orrego Luco, cerca de Providencia. Llegaban las señoras con sus patrones sacados de las revistas de moda, Dior, Gucci, Chanel... y la tía Amalia les hacía los modelos igualitos, ni que se los hubiesen comprado en la avenue Georges V o en la via Condotti o en la Quinta Avenida, ay, qué regio ese vestido, galla, ¿te gusta?, me lo hizo la Amalia Bulnes, ah, claro, es que es otra cosa... Era otra cosa, en efecto. Y ganaba mucha plata. Pero últimamente ha tenido problemas. Emilio no sabe qué clase de problemas. Le ha escrito una postal. Querido Emilio, dice. Estoy atravesando por unos meses de dificultades financieras. Espero que puedas suplir con otras fuentes los pocos dólares que te mando. Es una postal muy cariñosa. Pero no entra en detalles. Antes de despedirse, agrega que apenas pueda volverá a enviarle la remesa a su sobrino preferido. Que espera que sepa perdonarla. Que lo quiere mucho. Un beso. Y, en una posdata, que trate de portarse lo más mal posible. Eso es todo. Ante esa situación... ante esa situación ¿qué? Ante esa situación, nada.

Una tarde vi en la puerta de un hotel un letrero: «Se necesita portero de noche, referencias exigidas». Junto a la entrada había una placa: «Aquí vivieron Francis Picabia, Tristan Tzara, Man Ray, Rainer Maria Rilke, Vladimir Maiakovski, Louis Aragon y Elsa Triolet». Todo el mundo había vivido allí. Claro, era el Montparnasse de los años veinte. Más abajo, un poema de Aragon: *Ne s'éteint que ce qui brilla/ lorsque tu descendais de l'hôtel Istria/ tout était différent rue Campagne Première/ En mil neuf cent vingt-neuf, vers l'heure de midi...* Me quedé un rato tratando de traducir, incluso me decidí a escribir en un pedazo de papel. La cosa daba algo parecido a esto: «Se extingue solo lo que refulgía/ cuando bajabas del hotel Istria/ todo era diferente en la calle Campagne Première/ En mil novecientos veintinueve, hacia mediodía...» ¿«Refulgía» por «brilló»? ¿Pero cómo hacer rimar con «mediodía»? Bueno, tampoco era para la imprenta la cuestión... Entré. El dueño era como un personaje de novela. No me pregunten por qué, aunque seguramente la razón es que durante mi primer año en París yo casi únicamente leía a Balzac y estaba especialmente fascinado por la trilogía que conforman *Papá Goriot*, *Ilusiones perdidas* y *Esplendor y miseria de las cortesanas*. El asunto es que vi al dueño del hotel y me dije: Vautrin. Un tipo bajo, moreno y fornido, con unas manazas y unos antebrazos de presidiario (que uno imaginaba llenos de tatuajes, aunque llevara terno y corbata) y unas patillas a lo Bernardo O'Higgins. De alguna parte salió su mujer. Era bonita, aunque ya no tan joven, digamos de unos cuarenta y algo, pero había conservado

toda la lozanía de la juventud. Ella se llamaba Marie-Laure, usaba unos vestidos de escote cuadrado y tenía algo... algo indefinible... No sé... Vautrin y su mujer estuvieron encantados de que yo fuese estudiante. Es lo que buscamos, dijo él. Y ella: Claro, un estudiante sería ideal. Y, además, estaba eso, digo, esa entelequia que siempre nos favoreció: Chile, o mejor dicho *le Chili*, *Allendé*, La Moneda en llamas, los militares quemando libros, todas esas postales que hablaban de un país formidablemente hundido en el sufrimiento y el terror. Ahora son los sirios, los iraquíes, las mujeres afganas, pero en los años ochenta, en Francia, no había mejor cosa que ser chileno. Pensé: el puesto es mío. Pero entonces Vautrin preguntó: ¿Tiene recomendaciones? ¿Recomendaciones? Sí, dijo Vautrin, señalando el cartel en la ventana, son indispensables. Yo no tenía ninguna. Su mujer agregó, como disculpándose: Con una carta de alguien que nos dé confianza bastaría. Claro, aprobó el marido, usted comprende, por los tiempos que corren. Yo comprendía. Muchas gracias, dije, me conseguiré una y regreso. Lo esperamos, contestó Marie-Laure, con su bonita sonrisa, su bonita melena y su bonito vestido estilo años sesenta. ¿Pero a quién le iba a pedir una carta? Aún no tenía amigos, apenas algunos conocidos. Y la mayoría de esas personas era gente que trabajaba en oficios tan subalternos como el de portero de noche, artistas plásticos que se ganaban la vida pintando edificios, sociólogos que acarreaban maletas en estaciones de trenes, ex comandantes revolucionarios que lavaban platos o pelaban papas en restaurantes... Había algo así como tipos de oficios según lo que querías ser en el futuro (si tenías futuro) o lo que habías sido en otra vida (es decir, cuando ya habías tenido futuro). Pero ¿cómo iba a presentar una carta firmada, digamos, por un acarreador de maletas? De pronto me acordé de Alfredo Martín. Alfredo era un chileno que estudiaba, se suponía, literatura, se suponía que era poeta, lo único cierto era que trabajaba como portero

de noche en un hotel (esto lo sabía porque me habían dicho que las fiestas terminaban muy bien en el hotel de Alfredo, decían que era muy generoso con los botellines de whisky destinados a los minibares). Me metí a una cabina telefónica. Hice dos o tres llamadas hasta que di con sus señas. Curiosamente, trabajaba en el hotel Lenox, que quedaba en la rue Delambre, a un par de cuadras de donde yo estaba. Fui al Lenox con la idea de averiguar cuál de esas noches podría encontrarlo. Era mi día de suerte: estaba detrás de la recepción.

—Huevón, qué estái haciendo aquí —me saludó.

—Me dijeron que trabajabas de noche.

—Sí, pero los martes hago el turno de día.

Le conté lo que me acababa de ocurrir.

—Pensé que una carta tuya podría servir —le dije—, como eres portero de noche.

—¿Una recomendación de un portero de noche para un puesto de portero de noche? —Alfredo casi saltó de su silla—. Tú estás loco.

Pregunté con toda ingenuidad:

—¿Por qué?

—Porque la mayoría de los porteros de noche de esta ciudad son alcohólicos, o depravados, o ambas cosas —continuó Alfredo—, y muy a menudo están metidos en enjuagues con prostitutas, reducidos, policías corruptos, en fin.

—¿Me estás tratando de asustar? —pregunté.

—Ya verás —dijo Alfredo—. No, lo que tú necesitas es una carta de alguien importante.

—Es que justamente, no conozco a nadie importante.

—Sí conoces —me contradijo—, Fernando Undurraga.

—¿Fernando Undurraga? —dije, extrañado—, pero si trabaja en una librería.

Era vendedor en la Librairie Hispanique de la rue Monsieur le Prince, yo solía pasar por allí y conversar con él.

—Ese no es el punto —contestó Alfredo—, el punto es que es hijo de un embajador.

—¿Y?

—Ya verás —profetizó nuevamente Alfredo.

Y en efecto, vi. A la tarde siguiente, fuimos a esperarlo a la salida del trabajo. Nos metimos a un café y le explicamos la situación. Fernando comprendió de inmediato. En mi casa tengo lo necesario, dijo. Vivía en un exiguo entresuelo de la rue de Condé, casi enfrente del Senado. Su pieza estaba repleta de libros, pero no había estanterías, de manera que los volúmenes estaban apilados en columnas que subían hasta el techo. Menos mal que en París no tiembla, porque si no, seguro que Fernando Undurraga habría muerto aplastado por la letra impresa. Fuera de los libros, había solo un escritorio y una pequeña colchoneta de gimnasia, con un saco de dormir por encima. Ni rastros de cocina, ni de baño. ¿Dónde comía? ¿Se duchaba? Ni idea. Fernando abrió uno de los cajones, sacó una resma de papel de carta, hizo un hueco entre las pilas de cuadernos, carpetas y papeles que atestaban el escritorio.

—¿Qué pongo? —preguntó.

—Lo que quieras —dijo Alfredo—, lo importante es la firma.

Fernando escribió entonces una bonita carta, en la que —en un francés perfecto— explicaba que yo era un esmerado, honesto y talentoso estudiante de lingüística en La Sorbona y que sin duda estaba llamado a ser uno de los más relevantes semióticos de los próximos años, etcétera, etcétera... Lo importante, en efecto, no era el contenido de la carta, sino el membrete de la hoja y la firma. El membrete decía, con una bonita tinta gris: José María Undurraga de Castro y abajo: Embajador de Chile. Cosa que Fernando rubricó con una elegante firma.

—¿Es la de tu padre? —pregunté.
—No —dijo él—, es la mía.
—¿Y dónde está viviendo él ahora? —quiso saber Alfredo.
—En Inglaterra —contestó Fernando—, cumplió su sueño.
Alfredo y yo preguntamos casi al unísono:
—¿Cuál?
—Ser taxista en Londres.
Lo miramos, seguramente algo incrédulos, porque agregó:
—De verdad, él siempre dijo que de no haber estado en la Cancillería le hubiese encantado ser taxista en Londres... y la oportunidad terminó por llegar.
—Bueno —dijo Alfredo—, dicen que cuando uno desea algo con mucha fuerza, termina por conseguirlo, ¿no?
—Así parece —contestó Fernando.
A la mañana siguiente volví al hotel Istria.

Conclusión: Emilio se vio por primera vez con un empleo estable en París. Portero de noche en un hotel de la rue Campagne Première. Claro que solo viernes, sábados y domingos. Pero ya ganaba un poco más de lo que le mandaba la tía Amalia. Eso le permitía pagar el cuartito en la rue de Malte, el pase mensual del metro, ir a clases, ir un par de veces a la semana a la *Cinémathèque*, que era más barata que los cines normales, comer, más o menos frecuentemente y más o menos mal, en el casino de la universidad y, a veces, no comer del todo... ¿Pero? Pero, nada. Quiero decir que ni hablar, por ejemplo, de pedirle dinero a su padre.

Su padre (con un whisky):

—Nosotros somos gente de esfuerzo, gente de trabajo ¿me entiendes?

Su padre (con dos whiskys):

—Mis padres llegaron de España por allá por 1910, eran jóvenes y muy pobres...

Su padre (con tres whiskys):

—Mira, cabrito, tus abuelos llegaron de España, de un pueblo extremeño que se llamaba Villar del Rey, un pueblo de mierda, tu abuela María era costurera, lo fue toda su vida, si me preguntái por un recuerdo de infancia te digo altiro: mi madre zurciendo calcetines... putas que éramos pobres, tu abuelo Joaquín trabajó siempre como ayudante de panadero, todo esto no era en Santiago sino en Rancagua, y fíjate cómo son las huevadas de la vida, después de muchos años, tu abuelo se asoció con dos de sus hermanos y pudo comprarse la panadería, pero a los pocos meses murió de un infarto, tu abuela: viuda, con cuatro hijos, zurciendo calcetines, cosiendo chaquetas,

remendando pantalones nos saca adelante a los cuatro...
No, cabrito, si la vida es dura...

¿Resumen? Uno es concesionario de automóviles, otro viñatero, otro ferretero y el menor no se sabe... O sea, sí se sabe. Pero poco. Es pintor. Vive en Sidney. Según la tía Amalia, es un excelente pintor, un artista de un talento extraordinario que ya está dando que hablar en Australia y en Estados Unidos. También es homosexual. Esto lo sabe la tía Amalia. Pero en su familia jamás se ha comentado. De hecho, de ese tío casi no se habla.

Su padre (con el cuarto whisky):

—Mira, huevoncito, nosotros somos gente de esfuerzo, trabajo, trabajo y trabajo, eso es lo único que cuenta en la vida, ¿estamos?

Emilio: mudo. El padre:

—Y la honradez, honradez y trabajo, eso es todo, ¿me entendiste?

Emilio: mudo. Trabajo y honradez, honradez y trabajo, honrajo y trabadez... Se imaginará la reacción cuando Emilio le anunció que quería hacer un máster en lingüística... y en París, además. El padre se sacó los lentes, se echó hacia atrás el mechón de canas que le cubría la frente y preguntó:

—¿Y esa huevada con qué se come?

Estaban en su oficina, Automotora Ortiz & Dutrey, en Colón pasado Vespucio. Emilio:

—No te voy a pedir ni un peso, papá.

Y él, su padre, apretando un botón del citófono, a la secretaria:

—¿Carmencita?, oye, por favor, anda a la cocina y tráeme un vaso con dos dedos de whisky y un hielo... ah, y un cigarrillo, uno solo, ¿okey?

Y tras haberse zampado el whisky y pedirle otro a Carmencita, «ah, y otro cigarrillo»:

—Mira, huevón, yo no sé qué chuchas se te ha metido en la cabeza estudiar, ni sé qué es la lingüística, ni

entiendo por qué te tienes que ir de Chile, ¿no se puede estudiar esa huevada acá?

Emilio:

—Es una especialización, papá, un posgrado, ¿entiendes?

Su padre:

—¿Y por qué no lo haces en Chile?

Emilio recuerda: los ruidos de los Hawker Hunter sobrevolando su casa, las ráfagas de metralleta a dos o tres cuadras, pero tan potentes que se escuchan como si estuvieran en el patio... La señora Doris es la primera en llamar a la puerta: ay, qué maravilla Teresita, ¿ve que no había que perder la esperanza? Después llegan la señora Anita, la señora Luisa, la señora X, la señora Y, la señora Z... Todas con sus maridos. Su padre descorcha la botella de champaña que la empleada acaba de poner en la mesa. Su madre: pero siéntense por favor, su padre pidiendo silencio para hacer el primer brindis... Ahora, en la oficina de su padre, Emilio dice:

—Ni aunque se pudiera.

Su padre traga whisky, expulsa humo. Emilio tiene doce años, ve a su padre alzando la copa de champaña: hoy la patria ha vuelto a nacer, ¡viva Chile, mierda! Doña Doris levanta la suya: por nuestros militares... Su padre, reclinándose ahora en su sillón de gerente general, en realidad dueño de más del setenta por ciento de Ortiz & Dutrey:

—¿Por qué le haces esto a tu familia? ¿te imaginas la pena que le vas a provocar a tu madre?

Emilio:

—No es necesario meter a la familia en esto, es otra cosa...

Su padre, interrumpiéndolo:

—¿Qué otra cosa? ¿me podría explicar, el señor intelectual?

—Por supuesto, es muy sencillo —dice él—, con un poco de voluntad cualquiera entiende, papá, el rector de

la universidad es un general de caballería, el decano de la facultad es un lituano nazi, la policía política del régimen mantiene una oficina dentro del campus, qué digo una oficina, una especie de cuartel.

Su padre lo vuelve a interrumpir:

—¿Y qué, huevón? ¿Tú crees que esa gente no ha estudiado, que un general de ejército es una mierda?

Emilio piensa: sí, pero dice:

—Te vengo a comunicar que me voy, eso es todo, papá.

Su padre suspira profundo, mira al techo y murmura:

—Lo que me faltaba, un hijo comunista por la cresta...

Se queda un instante mirando por los ventanales que dan a la avenida Colón. Dice:

—Bueno, qué se le va a hacer, al final, podrás opinar lo que quieras de tu padre, pero nunca que se portó como un hache de pé contigo.

Y, girándose sobre su sillón, abre una caja fuerte, extrae una chequera, saca un lápiz del tarro y con la misma mano ya va a darle de nuevo al citófono, ¿Carmencita? Pero Emilio lo interrumpe:

—No es necesario, le pedí que dejara la botella aquí.

—Ah, ya —dice su padre—, échale ahí nomás —tocando el vaso con el índice, sin levantar la vista de la chequera.

Emilio llena el vaso, no mucho, pero más de lo que ha puesto Carmencita. Su padre se bebe la mitad de un solo trago, luego firma el cheque, luego se lo alarga. Emilio lo mira. Es un cheque en dólares. Y está extendido a su nombre. Por cinco mil dólares. Luego su padre se bebe la mitad que aún queda en el vaso. Y dice:

—Con eso estudia lo que querái donde querái y no me huevís más.

Se para, saca la chaqueta del perchero, se la pone y agrega:

—Y ahora vamos a almorzar, que toda esta huevada me dio hambre.

«Toda esta huevada» es, en primer lugar, el whisky, claro. Pero también, algo, bueno, la emoción si quiere... porque no todos los días un hijo lo viene a ver a uno y le dice que se va a París a estudiar lingüística ¿verdad? Sobre todo si uno no tiene ni la más remota idea de qué diantres es la lingüística. Sobre todo si va a ser el único hijo que se saldrá de la senda trazada, porque Julián, su hermano, por ahora está en segundo medio, pero después va a estudiar la consabida ingeniería comercial y, desde antes de terminar, va a trabajar con su padre, muy pronto se va a independizar y se transformará en uno de los concesionarios de Mitsubishi en Chile. ¿Y Montserrat? Bueno, la Montse se casó nada más salir del colegio con un aviador, ya va para capitán de bandada aérea, ahora viven en Punta Arenas, pero estudiar, qué iba a estudiar la Montse, puras fiestas y bla bla con las amigas... Hasta que apareció el aviador. Buen mozo el tipo, bonito uniforme, botones plateados sobre el paño azul rey, gorra de plato con los laureles, el águila, la estrella solitaria, modales impecables: les abre la puerta del auto a las señoras, les retira la silla en el restorán, les ayuda a quitarse el abrigo, las deja pasar primero al entrar y al salir, les enciende el cigarrillo, no, un siete, el tipo. En fin. Al final, su padre:

—Putá ya son casi las tres de la tarde...

Lo lleva al Estadio Español. Allí comen, él paella, su padre fabada asturiana y beben vino y su padre se ha bebido antes un par de whiskys sour, más los que ya trae en el cuerpo, de manera que comienza con la cantinela previsible:

—Mira, cabrito, nosotros somos gente de esfuerzo, así que tenís que ser muy bueno estudiando la huevadita esa que vai a estudiar, pero muy muy bueno, me entendís, porque nosotros somos gente de trabajo, tus abuelos llegaron de España, eran campesinos...

Y Rancagua... y la panadería... el trabajo... la honradez...